

Diversos movimientos sociales tales como los de liberación nacional, el feminismo del llamado Tercer Mundo y las organizaciones de derechos civiles han cuestionado la hegemonía cultural occidental. Hace ya décadas que se han propuesto retos a los cánones establecidos en el pasado colonial y elaborado perspectivas plurales desde la diversidad global que cuestionan la recurrente aspiración a la universalidad y la dominación simbólica de la cultura euro-occidental. En el caso de las mujeres, es cierto que el movimiento de mujeres de los 1970 fue decisivo en abrir el camino hacia el reconocimiento femenino y en generar una dinámica de cambio más respetuosa con los derechos de las mujeres. Sin embargo, no significó la inclusión en pie de igualdad de los movimientos de las mujeres de los países emergentes o de las minorías étnicas. Por esto, las posturas del feminismo occidental suscitaron una aguda crítica por parte de estudiosas y movimientos de mujeres no occidentales o no blancas que propusieron alternativas para cuestionar el eurocentrismo de los parámetros interpretativos de los movimientos sociales de mujeres. De hecho, sus voces críticas han disputado la proyección tradicional de la mujer occidental como norma universal y han puesto de relieve la existencia de mecanismos de exclusión (incluso en el mundo del feminismo) del movimiento de mujeres no occidentales con la consiguiente visión de las mujeres no blancas como figuras subalternas.

El feminismo y los estudios de las mujeres habían desafiado las narrativas históricas androcéntricas y se reapropiaron de las mujeres como sujetos históricos. Sin embargo, esta reincorporación como agentes de transformación histórica no incluyó a las otras *otras*: las mujeres no blancas y no occidentales. A pesar del paralelismo entre la opresión de las mujeres y la subalternidad de los sujetos colonizados en su experiencia colectiva de dominación y represión, las feministas occidentales tardaron décadas en aplicar el mismo prisma a las mujeres de los países descolonizados, como también a las minorías étnicas en el interior de su propia sociedad. Esta visión ha distorsionado en gran medida las voces contestatarias y el repertorio de luchas emprendidas por mujeres en diferentes continentes y países del mundo. Para la elaboración de una historia más global del movimiento de mujeres, no se puede reproducir la trampa de una visión subsidiaria que distorsiona el valor de la acción colectiva de las mujeres en el mundo.

Las nuevas lecturas desde el postcolonialismo

Los estudios culturales, postcoloniales y las teorías del feminismo negro y del Tercer Mundo han identificado el reconocimiento de la diversidad y el cuestionamiento del canon occidental superior como elementos decisivos en la emergencia de un sujeto histórico femenino incluyente (Nash, 2002, 2004). Han demostrado que la homogeneización del sujeto histórico mujer es producto de vincularle exclusivamente a la mujer blanca occidental, obstaculizando el reconocimiento de su subjetividad histórica desde la diversidad. Partiendo de la idea de la universalidad única de subalternidad femenina, se había confeccionado una hermandad femenina global que desafiaría al patriarcado. Pero este punto de vista solo se sostenía en el

Movimientos sociales de mujeres: perspectivas globales

Escrito por Mary Nash

Sábado, 13 de Marzo de 2010 13:05 - Actualizado Jueves, 17 de Marzo de 2011 15:39

predominio de un modelo feminista occidental, blanco, que hacía caso omiso de las voces plurales de los feminismos surgidos en el Tercer Mundo. Chandra Talpade Mohanty, experta en estudios de las mujeres y feminista transnacional de origen indio, ha escrito que el sujeto histórico siguió siendo de forma invariable la mujer occidental, y que las estudiosas occidentales habían homogeneizado a las mujeres no occidentales en la única categoría de mujeres del Tercer Mundo y, así, ellas quedaron sin voz y, por tanto, excluidas de la capacidad de subjetividad propia (Talpade Mohanty, 1997). De entrada, se ha señalado el habitual procedimiento de las estudiosas occidentales de englobar a todas las mujeres del Tercer Mundo, enfoque que les uniformiza y les victimiza como colectivo sin capacidad de generar respuestas colectivas propias frente a su opresión. Así, sería impropio hablar en términos de las “Mujeres de África” como grupo uniforme ya que obvia las inmensas diferencias existentes. En todo caso, la propia Talpade Mohanty cae en la trampa de cierto grado de homogeneización de las mujeres occidentales que oscurece la pluralidad y las voces críticas en su seno desde los años 1970. En este sentido es indicativo que la revista feminista inglesa *Spa re Rib*

haya reproducido ya en la década de los 1970 los planteamientos de la feminista egipcia Nawal al Sadaawi o la presencia de muchas estudiosas de la India o África - Spivak, Ahmed, Mernissi, Nawal al Sadaawi o la misma Mohanty - en prestigiosas universidades de los Estados Unidos que asienten el poder académico internacional. En todo caso, es relevante la insistencia en la necesidad de remediar las generalizaciones universalistas que han creado tópicos de gran impacto.

La profesora egipcia-estadounidense de Harvard, Leila Ahmed criticó la visión global uniformizadora que no diferenciaba la experiencia colectiva de las mujeres del Tercer Mundo (Ahmed, 1992). Tachado de imperialismo cultural, bajo la bandera universal de un feminismo global se difundía una versión occidental que daba prioridad a la mujer individual en la lucha por el desarrollo de sus capacidades y por su integración en la esfera pública. Basados en los ideales de la igualdad de oportunidades, en el acceso individual a los recursos económicos, científicos y profesionales, esta perspectiva occidental encubría una visión de las mujeres en los países en desarrollo como subsidiarias, tradicionales y carentes de agencia. Los escritos contestatarios de las mujeres no blancas han enfatizado, en cambio, que son decisivos los contextos sociales y económicos específicos que influyeron en las decisiones de las mujeres del Tercer Mundo y la gran importancia que tenía el impacto del comunitarismo y de la familia. Los intereses comunitarios definían, a menudo, la agenda de actuación de las mujeres no occidentales. En su caso, las condiciones sociales y económicas actuaron como motores movilizados a diferencia de la centralidad de los derechos de género en el feminismo occidental. Además, el movimiento de las mujeres del Tercer Mundo se debe insertar en el marco de las dinámicas sociales antiimperialistas en el marco del legado del colonialismo como escenarios decisivos de actuación femenina.

Otro aspecto notable de esta crítica es que la lectura occidental de los feminismos de los países postcoloniales ha implicado, con frecuencia, englobarlos en categorías culturales que

etnizaban a las mujeres no blancas en términos raciales. De igual modo que los discursos tradicionales de género habían naturalizado las mujeres europeas (Nash, 2004) esta óptica racializada ha implicado la naturalización de las mujeres no blancas. Se les ha considerado a menudo como seres definidos de forma inmutable y natural por su procedencia étnica, cultural o religiosa, con lo cual se les ha negado la capacidad de agencia histórica, quedando fuera de las dinámicas sociales. La adscripción identitaria comunitaria a través de la figura femenina más allá del individuo, ha convertido con frecuencia a las mujeres en símbolo de toda una comunidad o, en este caso, en una representación cultural que invoca al conjunto de las mujeres del Tercer Mundo.

Otra cuestión a discutir es cómo la construcción de un discurso de alteridad ha sido un mecanismo clave en marcar diferencias. Frente a postulados de signo esencialista que entienden las identidades como construcciones fijas, auténticas y singulares de raíces únicas, originarias y atemporales, desde la historia se entiende la construcción identitaria como proceso cambiante, múltiple y complejo. La construcción de identidades colectivas se concibe como una dinámica relacional en constante proceso de construcción, readaptación, negación o confrontación, sostenida, además, por bases que pueden ser plurales y contestadas. Desde los clásicos postulados de E. P. Thompson en torno al complejo proceso de construcción histórica de las identidades colectivas obreras en el mundo contemporáneo (Thompson, 1977), se ha puesto en evidencia que todas las personas obedecemos a identidades construidas. En esta línea, consideramos necesario avanzar en el entendimiento de los complejos procesos culturales que generan las dinámicas sociales en términos identitarios. Otro de los peligros de la racialización de las identidades culturales es el de asignar una homogeneidad cultural y de género que impide la afloración de las diferencias internas y la subjetividad propia de cada persona. Así, las mujeres devienen portadoras del colectivo en cuanto reproductoras biológicas y simbólicas de la comunidad (Yuval-Davis, 1997). Por esto, en nombre de la comunidad se les ha adjudicado la preservación de los arquetipos tradicionales de comportamiento de género y, de este modo, se ha ignorado su desarrollo personal y colectivo y su capacidad de retar las imposiciones patriarcales en su propia cultura.

La insistente mirada hacia el retraso femenino en los países en desarrollo o hacia la permanencia de costumbres discriminatorias ha sido una mirada criticada porque refuerza una visión victimista que ha ocultado la capacidad de agencia social en defensa de sus intereses. Precisamente la crítica al victimismo histórico es una aportación muy significativa de la historia de las mujeres pero que no siempre se aplica fuera del mundo occidental. Un ejemplo relevante sería la insistencia en el uso del velo por parte de las mujeres musulmanas o en la práctica de la mutilación genital como únicos referentes relevantes de la experiencia colectiva de las mujeres de África y del mundo musulmán. De este modo se ha generado tópicos generalizadores desde la estrecha perspectiva de la victimización y del retraso cultural y se ha ignorado otras muchas facetas vitales así como las propias respuestas de las mujeres árabes y musulmanas.

Leila Ahmed ha reivindicado la legitimidad del feminismo árabe musulmán y la resistencia de las mujeres a su situación de subalternidad generada en el seno de las sociedades árabe musulmanas. Ha calibrado de imperialismo cultural la insistencia en una exclusiva lectura del velo como símbolo de opresión y, por tanto, de obligado desuso, como también la presunción acerca de la necesidad de abandonar la cultura árabe o musulmana como única vía de emancipación femenina y de progreso social. Con una ironía devastadora Ahmed ha efectuado un paralelismo de esta lógica aplicada a las occidentales: *Nunca se ha argumentado, ni en los días de Mary Wollstonecraft, cuando las europeas no tenían derechos, ni en nuestros días ni siquiera por las feministas más radicales, que debido a la dominación masculina y la injusticia a las mujeres que han pervivido en la historia escrita de Occidente, el único recurso abierto a las mujeres occidentales fuera el abandono de la cultura occidental y su búsqueda de otra cultura. La idea parece absurda, y sin embargo, figura de forma habitual en el enfoque de sus propuestas sobre la mejora* (Ahmed, 1992:244).

Como sugiere Ahmed, la mayoría de estas ideas presuponen que las occidentales pueden perseguir sus objetivos feministas a través del cuestionamiento y de la renegociación de su legado cultural. En cambio, las mujeres musulmanas y árabes sólo pueden lograr estos fines con el abandono de su cultura y la adopción de la cultura occidental, presentada como cultura no androcéntrica ni sexista. Esta mirada de superioridad cultural predominante en muchos estudios había generado un filtro de valores occidentales incuestionables que ha hecho invisibles los movimientos de mujeres del Tercer Mundo y de las minorías, infravalorando iniciativas femeninas de resistencia social, antipatriarcal o de liberación nacional. Las aportaciones plurales de estos movimientos globales contestatarios han obligado a repensar los términos en los cuales se elaboran las definiciones del feminismo para evitar caer en la trampa jerárquica de establecer normas que refuerzan la subalternidad. Por otra parte, requiere reconocer valores, criterios y estrategias de resistencia plural pero de igual valor en el marco de la diversidad cultural global. Es en un nuevo diseño de un mapa mundial aun sujeto a la historia y a las representaciones culturales del pasado, que el proceso de globalización de signo integrador tiene que acoplar la diversidad de expresiones sociales y culturales.

Al plantear las nuevas cartografías de la lucha feminista en el Tercer Mundo, se han aportado

diferentes elementos en esta redefinición del feminismo. De entrada es fundamental la existencia de diferentes formas simultáneas de opresión en la experiencia femenina. Así, junto a la de género, se ha subrayado la importancia equivalente de la marginalidad social y política y del legado colonial en las múltiples expresiones de subalternidad femenina. Paralelamente, la fuente de la política feminista anticolonial y postcolonial se ha inspirado en las historias del racismo y del imperialismo. Además, igual que en el caso de Occidente, es muy importante evidenciar las diferencias, los conflictos y las contradicciones en el interior de las organizaciones y de las comunidades de las mujeres del Tercer Mundo.

Los plurales caminos hacia los derechos de las mujeres

Los movimientos sociales femeninos del Tercer Mundo representan un fenómeno social plural que engloba el género, la etnia, la clase social y las políticas de identidad. Desde esta interseccionalidad si bien el acceso a la igualdad y a los derechos puede ser una meta común a muchas mujeres, la discriminación de género no representa necesariamente el único o prioritario ámbito de opresión de las mujeres del Tercer Mundo. Muchas mujeres del mundo postcolonial o de las minorías étnicas han desplegado un gran esfuerzo para abarcar otras facetas de la agenda y de la lucha femenina. En este sentido cabe destacar la importancia de las reclamaciones de las mujeres con relación a la política, el trabajo, la educación y la salud o la lucha anti imperial como demandas primordiales per se, y no tan vinculados a su impacto específico sobre las mujeres.

La dificultad en el reconocimiento de los movimientos de mujeres en los países colonizados y postcoloniales no solo se alinea desde marcos interpretativos deficitarios sino también porque determinadas fuerzas políticas y religiosas de estos países han considerado que representan un mero reflejo de perspectivas occidentalizadas y elitistas, así como la asimilación de ideas extranjeras ajenas a su propia cultura o religión. Tanto en la época colonial como tras la independencia, los antifeministas han rechazado el feminismo como expresión que desafía la cultura tradicional o religiosa. Se ha denunciado como portador de la modernidad y, como tal, una amenaza a las estructuras sociales tradicionales. Por esto, muchos sectores se han enfrentado a los movimientos de las mujeres al considerar que representan un imperialismo cultural basado en valores occidentales de feminidad que ponen en cuestión los modelos de género establecidos (Heng, 1997). Frente a esta oposición, estudiosas y feministas del Tercer Mundo han reclamado la licitud de albergar su derecho a formular su definición propia del mismo. La filósofa india ubicada en Vassar College, (New York State) Uma Narayan, entre otras, ha reivindicado la legitimidad de las mujeres de contestar su propia cultura desde un

Movimientos sociales de mujeres: perspectivas globales

Escrito por Mary Nash

Sábado, 13 de Marzo de 2010 13:05 - Actualizado Jueves, 17 de Marzo de 2011 15:39

feminismo enraizado en su propia sociedad (Narayan, 1997). Desde esta perspectiva, la caribeña y profesora a la Universidad de las West Indies, St. Augustine, Patricia Mohammed ha apuntado la necesidad de identificar al feminismo contextualizado siempre en los procesos sociales y las políticas de identidad de cada sociedad. En su caso, ha identificado un feminismo indígena caribeño a partir de las pautas de colonización, migración, experiencia de esclavitud, diferencia sexual y mestizaje criollo (Mohammed, 1998). Su sugerente propuesta acentúa el reconocimiento de la especificidad y del pluralismo de la experiencia colectiva de las mujeres en el interior de las diferentes sociedades del Caribe, marcadas por procesos distintos de colonialismo británico, francés o español, como también por la migración de contingentes importantes de trabajadoras de la India a Trinidad y Guyana.

Respuestas sociales anticoloniales

La expansión imperial europea de finales del siglo XIX representaba la aserción del poder y del dominio, la soberanía y el control político, económico y cultural de las sociedades colonizadas en términos económicos, militares y políticos. Transmitía una cultura imperial en los ámbitos culturales, intelectuales y educativos basada en la noción de la supremacía del hombre blanco y de la superioridad de la civilización occidental. La gradación social de *raza*, en el sentido de superioridad blanca, formaba entonces un elemento central en los proyectos imperiales europeos del siglo XIX y principios del siglo XX, del mismo modo que lo hace hoy en día la jerarquización de las identidades culturales. La gradación social de género también fue clave en la mentalidad colonial. Las mujeres inmersas en la cultura imperial se enfrentaron a una doble colonización, como colonizadas y como mujeres. Por esto, las diferentes expresiones de los movimientos sociales de mujeres se caracterizaban a menudo por la dualidad de su posicionamiento anticolonial y su alineamiento con los movimientos de liberación nacional por un lado, así, como por su postura crítica de rechazo a las prácticas patriarcales manifiestas en el seno del nacionalismo anticolonial, por otro.

En la mayoría de los países de Asia, de África, de América Latina, de América Central y del Caribe existían organizaciones de mujeres de diversa índole que pretendieron, desde el siglo XIX, mejorar la situación de las mujeres e incidir en el mundo político para fomentar sus derechos. Las mujeres de las elites urbanas desempeñaron un importante papel en la promoción de la educación femenina, en los procesos de emancipación y de modernización. Desde un feminismo maternal centraron sus actividades en el desarrollo de reformas sociales para mejorar el estatus de las mujeres y promover proyectos en los campos de la salud y de los servicios a la comunidad. Desde esta perspectiva, frente al individualismo predominante en el feminismo estadounidense o británico, se ha considerado que el comunitarismo fue una expresión clave de la legitimación del movimiento de las mujeres en muchos países del

Movimientos sociales de mujeres: perspectivas globales

Escrito por Mary Nash

Sábado, 13 de Marzo de 2010 13:05 - Actualizado Jueves, 17 de Marzo de 2011 15:39

mundo. Con el avance del asociacionismo femenino, tanto las mujeres de base popular como las de elite desarrollaron respuestas individuales y colectivas frente a su opresión, y levantaron sus voces contra la opresión en el trabajo, la discriminación educativa, la subordinación en la familia y la delimitación a roles de género preasignados según patrones culturales, a menudo reforzados por discursos religiosos, tal como se había producido en Europa.

En las sociedades colonizadas muchas de las organizaciones femeninas se embarcaron en las movilizaciones anticoloniales y antiimperiales. Fueron importantes en el desarrollo de políticas de identidad nacional frente al imperialismo colonial y participaron de lleno en los movimientos de liberación nacional. Precisamente, a diferencia del feminismo occidental - con la excepción de Irlanda que era una colonia inglesa - una de las señas de identidad decisivas de los movimientos de mujeres en los países colonizados fue su implicación en las luchas anticoloniales. En Asia, África, y el Caribe gran parte de su trayectoria y movilización se insertó en los cauces políticos abiertos para conseguir la independencia nacional o la construcción de la sociedad postcolonial. Pero, además las múltiples expresiones del feminismo deben entenderse, a su vez, en el marco de las transformaciones de las estructuras políticas y religiosas en los procesos de modernización de las sociedades del Tercer Mundo. Contemplar el movimiento de las mujeres del Tercer Mundo de forma exclusiva por su lucha anticolonial independentista sería una perspectiva demasiado restringida. Se trata, al contrario, de un movimiento complejo con múltiples ramificaciones, expresadas según el contexto de cada país. Las mujeres desplegaron muchos recursos y estrategias para conseguir tanto sus derechos propios como la emancipación nacional.

Los movimientos de mujeres nunca han hablado con una única voz. El largo proceso de empoderamiento de las mujeres en sociedades colonizadas y postcoloniales pasó por caminos diversos. Participaron de forma activa en los movimientos de resistencia anticolonial y en las luchas por la independencia de países como Argelia, China, Eritrea, Irlanda, Namibia, Mozambique, Zimbabwe o Somalia. Después de la independencia lucharon a favor de la democratización en países latinoamericanos como Chile y Argentina o contra el apartheid en Sudáfrica. Las mujeres desplegaron los recursos a su disposición como herramientas de lucha y de negociación de mejoras de sus derechos. En algunos casos, las formas de su activismo se asemejaron a las estrategias de resistencia de los movimientos de las mujeres en Europa y los Estados Unidos. Participaron en marchas, manifestaciones, escribieron cartas de quejas, peticiones y demandas a los líderes políticos, realizaron protestas callejeras, en algunos casos

Movimientos sociales de mujeres: perspectivas globales

Escrito por Mary Nash

Sábado, 13 de Marzo de 2010 13:05 - Actualizado Jueves, 17 de Marzo de 2011 15:39

violentas. Se movilizaron en sucesos políticos y culturales. Llevaron a cabo actos simbólicos de protesta y de desagravio, como en los casos de la distribución y venta de la flor amarilla, emblema de la campaña Suriya Mal de reivindicación nacionalista por parte de las militantes nacionalistas de Sri Lanka, como contrapunto a la roja amapola símbolo de las autoridades coloniales británicas o de las manifestaciones de las Madres de Mayo, vestidas con pañuelo blanco en invocación de los desaparecidos por la dictadura en Argentina. En otras ocasiones, como las budistas de Sri Lanka, acudieron al recurso de un discurso religioso emancipador para legitimizar su causa, tal como hicieron las estadounidenses de Séneca Falls en 1848. Su activismo subversivo y los procesos de concienciación pasaban por múltiples cauces. La recitación de poemas en las culturas de tradición más oral en África, el lenguaje subversivo de los tejidos o de la indumentaria al tejer símbolos o utilizar colores con un significado de resistencia cultural, la adaptación de formas tradicionales de protesta comunitaria a sus reivindicaciones como mujeres o la desobediencia civil, compusieron algunas de sus estrategias de resistencia política y de género. Los escritos y la literatura se integraban en su repertorio de resistencia, como forma de protesta. A veces sus intereses propios como mujeres eran compatibles con la trayectoria de liberación nacional. En otras ocasiones, la deseada independencia no trajo siempre la implementación de sus derechos sino su vuelta a casa, y su consiguiente marginación de las dinámicas políticas en las cuales habían participado, como quedó evidente en la experiencia colectiva de mujeres luchadoras en el proceso de independencia de Argelia, Somalia, India, Irlanda, entre otros muchos países.

Se ha destacado que una de las características decisivas del feminismo del Tercer Mundo, tanto en su vertiente histórica como más actual, ha sido su énfasis en la materialidad de las relaciones de poder asentadas en las prácticas sociales cotidianas y en las culturales. Según cada contexto su agenda tenía horizontes que podían abarcar el voto, la igualdad de derechos, el acceso a la ciudadanía, a la educación, a los servicios sanitarios y de bienestar, al trabajo, a la tierra, a la mejora de las condiciones laborales, a una herencia igualitaria, al trato igual en la familia, al reconocimiento de su identidad como personas, a la igualdad, o a la eliminación de la violencia de género. Estas luchas se compaginaban a menudo con el activismo centrado en la libertad e independencia de su país. Las mujeres cuestionaron, además, las relaciones de género y la preeminencia masculina en su propia cultura y prácticas sociales. Como ha señalado Saskia Wieringa, sus protagonistas subvertían tanto los poderes coloniales como el poder de los hombres de su propia sociedad sobre ellas (Wieringa, 1997).

En el caso de la India, el desarrollo del feminismo a partir de la Primera Guerra Mundial llevó a la consolidación de organizaciones femeninas independientes como parte del movimiento antiimperial. Feministas notables como Sarojini Naidu y Kamaledevi Chattopadhyaya desplegaron campañas a favor del sufragio, la educación femenina, el divorcio y la mejora de

Movimientos sociales de mujeres: perspectivas globales

Escrito por Mary Nash

Sábado, 13 de Marzo de 2010 13:05 - Actualizado Jueves, 17 de Marzo de 2011 15:39

las condiciones laborales de las trabajadoras. Asumieron la defensa de los derechos de las mujeres a partir de planteamientos que procedían tanto de la tradición india como de la occidental. La Asociación India de las Mujeres fundada en 1917 reclamó medidas legislativas para prohibir el matrimonio infantil, la maternidad prematura, la viudez femenina obligatoria y la dedicación de las niñas a los templos. La primera asamblea de la Conferencia de las Mujeres de Toda India, que reunió a mujeres musulmanas e hindúes en 1927, requirió el incremento de la edad de matrimonio a los 14 años y la abolición del matrimonio infantil. Adoptó resoluciones respecto a la educación primaria obligatoria y el acceso al sistema educativo. Otro punto de su agenda fue la igualdad de derechos de herencia y la mejora de las condiciones de vida de las trabajadoras y de la infancia. A pesar de la indiferencia del gobierno y de la oposición de los hombres de la ortodoxia hindú, como resultado de su presión política se logró la introducción de algunas reformas en la legislación sobre el matrimonio infantil.

Las mujeres desempeñaron un rol muy significativo en la lucha de liberación nacional hasta la conquista de la independencia de la India en 1947. Subvirtieron el mensaje colonial en sus textos literarios y su participación política se canalizó a través de diversos movimientos, como las campañas de desobediencia civil y el movimiento Dejad la India, entre 1930 y 1947. El activismo femenino abarcó marchas, manifestaciones y mítines públicos en su lucha por la independencia nacional. Las mujeres transgredieron las leyes coloniales, atacaron tiendas británicas y llevaron a cabo acciones directas contra el gobierno británico. Su participación política les llevó a menudo a la represión como su encarcelamiento. La constante presencia femenina en las movilizaciones anticoloniales rompió el estereotipo británico en torno a las mujeres indias descritas como personas dóciles, débiles y subordinadas. Por otra parte, el trato brutal de la policía británica a las mujeres puso en cuestión su supuesta defensa de la *civilización* y la proyección de la imagen imperial de promotores de la causa femenina. La aportación de las mujeres a la lucha de la independencia nacional de la India fue de gran importancia, aunque no siempre fue reconocida. En la época postcolonial la resistencia de las mujeres indias frente a su opresión de género continuó generando un amplio movimiento contestatario.

En África las mujeres desempeñaron un papel significativo en las luchas anticoloniales. Algunos movimientos de mujeres africanas tenían una larga trayectoria histórica de signo feminista, mientras otros operaron más en conjunción con los movimientos de independencia nacional o de modernización social, compaginando en muchos casos varios de estos contingentes. En los siglos XIX y XX las mujeres del continente africano desplegaron amplios recursos de acción colectiva en defensa de sus intereses y de su sociedad. Protagonizaron luchas a favor de sus derechos en contextos coloniales, como también en sus sociedades después de la independencia nacional. En los movimientos de liberación nacional en Argelia, Egipto, Nigeria, Mozambique, Angola o Namibia el movimiento de mujeres desempeñó actividades de soporte, combate y de resistencia anticolonial.

Movimientos sociales de mujeres: perspectivas globales

Escrito por Mary Nash

Sábado, 13 de Marzo de 2010 13:05 - Actualizado Jueves, 17 de Marzo de 2011 15:39

El poder colonial se sostenía en conductas patriarcales de prepotencia masculina y obligada sumisión de las mujeres africanas. Se ha señalado que en el Zimbabwe colonial, eran más duras las actitudes y las políticas coloniales contra las mujeres debido a la mayor resistencia femenina a la imposición de las nuevas pautas sociales, económicas y culturales europeas. Al considerarse que las mujeres africanas detentaban mucho poder y que sus exigencias sexuales representaban un impedimento al reclutamiento de los hombres para trabajar, las autoridades coloniales adoptaron medidas represivas específicas contra ellas. Así, se procedió en diferentes ocasiones a la deportación de las mujeres de los pueblos coloniales. En Nigeria en 1915 las autoridades británicas intentaron reducir el número de mujeres libres en la ciudad de Katsina al obligar a las mujeres no casadas a contraer matrimonio en el espacio de una semana o de lo contrario quedar desterradas, junto a las prostitutas, fuera de la ciudad (Mama, 1997).

Frente a las imposiciones coloniales, las mujeres no se doblegaron y organizaron movilizaciones de amplios horizontes. A modo de ejemplo de una movilización femenina contra el poder colonial en África, se puede señalar el extenso levantamiento de mujeres en la región de Iboland en Nigeria Sud Oriental en 1920. En este caso, como en otros, la capacidad de acción colectiva de las mujeres se basaba en formas precoloniales de actuación. Conocido como *hacer la guerra o sentarse encima de un hombre*, este tradicional modo de protesta consistía en una respuesta colectiva femenina frente a ofensas respecto a sus derechos y sus intereses. Vestidas como guerreras y llevando palos, se ejecutaba el mecanismo de sanción que consistía en bailes, insultos, ataques a la casa del hombre implicado en la ofensa, o en algunos casos extremos, la destrucción de su vivienda (Wipper, 1982). Reconducida como estrategia de resistencia anticolonial, la llamada

Guerra

de las Mujeres en 1920 se produjo cuando las mujeres de la región se movilizaron en contra de un conjunto de prácticas coloniales. Las revueltas contra las autoridades coloniales movilizaron a decenas de miles de mujeres en los pueblos Igbo e Ibibio. Rechazaron la imposición de impuestos, los tribunales coloniales oficiales y las prácticas económicas de las empresas europeas que reducían sus beneficios económicos como comerciantes e intermediarias. Atacaron las oficinas coloniales, incendiaron las tiendas europeas y los bancos británicos. Abrieron las cárceles, liberaron a los presos y cortaron las líneas de telégrafos. Aunque violentas, sus protestas no condujeron a la matanza de ningún miembro de las fuerzas coloniales de ocupación. Las autoridades coloniales respondieron, sin embargo, con una acción militar brutalmente represiva. El ejército británico mató a cincuenta mujeres e hirió a otras cincuenta más. A pesar de estas represalias, sus protestas impidieron la posterior imposición de impuestos.

Los movimientos de mujeres para la liberación nacional y la democracia incorporaban a menudo una lucha paralela para lograr los derechos femeninos. Su creciente concienciación en torno a sus derechos específicos les llevó a promocionar sus propias reivindicaciones en la agenda general de emancipación nacional. Sin embargo a menudo alcanzar la liberación

Movimientos sociales de mujeres: perspectivas globales

Escrito por Mary Nash

Sábado, 13 de Marzo de 2010 13:05 - Actualizado Jueves, 17 de Marzo de 2011 15:39

nacional y la democracia no conllevó un paralelo reconocimiento e implementación de los derechos de las mujeres. A pesar de la significativa contribución de las mujeres en las movilizaciones para la liberación nacional en muchos países de África, la independencia nacional no siempre proseguía la implementación de la igualdad y la continuidad de las mujeres en las dinámicas políticas y sociales.

En el mundo árabe las mujeres en Egipto, Túnez, Marruecos, y Argelia tuvieron un papel relevante en el proceso de liberación nacional y en la defensa de sus derechos. En Egipto las campesinas, trabajadoras y las mujeres urbanas de las capas altas desempeñaron un papel decisivo en el levantamiento nacional contra los británicos en 1919. Participaron en manifestaciones, sabotearon las líneas de ferrocarriles para impedir el movimiento de las tropas británicas y centenares de ellas fueron asesinadas por los británicos durante la revolución de 1919. Habitualmente recluidas en casa, la aparición de mujeres en las calles de Egipto durante las protestas contra la presencia británica entre 1919 y 1922, fue un indicio del grado de ruptura de los moldes tradicionales de conducta de género en su movilización para la emancipación nacional.

Huda Shaarawi destacó como impulsora de la movilización de las mujeres contra la dominación británica y como una de las primeras dirigentes del movimiento de mujeres en Egipto. Afín al partido nacionalista Waft, organizó una recogida de firmas de mujeres en protesta contra la represión colonial a las movilizaciones masivas de 1919. En 1923 fundó la primera federación de mujeres, la Unión Feminista Egipcia, junto con otras mujeres de la elite social. Reivindicaron el sufragio femenino, mejoras educativas, el acceso al mundo profesional, la abolición del velo, el incremento de la edad de matrimonio de las niñas y la prevención de la poligamia. Pero la participación femenina en las luchas por la liberación nacional no era una garantía del reconocimiento de sus derechos. La nueva constitución de 1924 declaró que todos los egipcios eran iguales ante la ley, pero ignoró la cuestión de los derechos políticos femeninos. Durante la inauguración del Parlamento en 1924, las mujeres se movilizaron en protesta por la exclusión de sus demandas en la Constitución. Reclamaron sus derechos al voto y al divorcio. Muchas feministas adoptaron una postura más radical respecto a temas políticos en defensa de sus intereses. Bajo el régimen de Nasser las egipcias vieron la incorporación del sufragio femenino en la constitución de 1956. Pero los cambios políticos no estuvieron acompañados de una presencia significativa de mujeres como diputadas parlamentarias. La libertad de la mujer figuró en la Carta Nacional de 1962 y los procesos políticos posteriores favorecieron una mayor presencia femenina en la escuela y en las universidades, como también en el mercado laboral, pero las egipcias, de igual modo que las europeas de la misma época, quedaron al margen de los puestos significativos de decisión política. Según Nawal al- Sadaawi el feminismo egipcio quedó truncado en su desarrollo por el peso social de sus dirigentes, que procedían de los estratos superiores (al- Sa`dawi, 2001).

La segunda ola feminista egipcia se desarrolló a partir de 1970 hasta finales de la década de 1980. Emergió con una marcada divergencia entre los postulados de las mujeres islamistas y feministas. El resurgimiento de este nuevo feminismo ha sido asociado con la figura de la psiquiatra y escritora Nawal al- Sadaawi. Sus escritos asentaron demandas culturales, sociales y económicas y la democratización del país y trataron de forma directa temas hasta entonces tabúes en la sociedad musulmana. En este sentido, consideró lo personal como político y la experiencia de las mujeres como motor de su agenda política. En 1972 su polémico libro *Mujeres y sexo*

rompió moldes al discutir la opresión sexual de las mujeres en Egipto y sus consecuencias en la salud. Al fijarse en temas como los abusos sexuales puso en discusión la legitimidad de la práctica de la mutilación genital en las niñas. Su libro

La cara desnuda de la mujer árabe

se inicia precisamente con el apartado llamado

la mitad mutilada

donde narra su propia dolorosa experiencia de escisión de clítoris cuando era una niña. Atacó la doble moral sexual vigente que discriminaba a las mujeres y convirtió en asunto público, político el debate sobre la sexualidad femenina y las prácticas opresivas de mutilación genital. Sus denuncias crearon una gran polémica en torno a sus ideas y su persona. Fue acusada de promover la inmoralidad sexual y de atacar los valores de la sociedad islámica. Bajo el régimen de Sadat fue encarcelada y pasó mucho tiempo en el exilio. En tiempos recientes, sus postulados a favor de la libertad y de los derechos de las mujeres en el mundo árabe-musulmán han suscitado la persecución e incluso la condena a muerte dictada por parte de algunos grupos fundamentalistas islámicos. El ideario feminista de al- Sadaawi iba más allá de la reclamación de libertad sexual para englobar el derecho a la salud y los derechos reproductivos para las mujeres.

Para finales del siglo XX el movimiento de mujeres del mundo árabe se caracterizó por un feminismo plural de amplio espectro. Desde el laicismo o el Islam se han abierto múltiples horizontes de actuación y de lucha por los derechos de las mujeres (Aixelá, 2000; Martín Muñoz, 1995). Las propuestas de Fátima Mernissi de emancipación femenina desde la nueva sociedad de información y del Islam digital, la confianza de Nawal al- Sa`dawi en la agencia de las mujeres para lograr la mejora de sus condiciones culturales, sanitarias, sociales y económicas, y la relectura del Islam en clave de mayor espacio de libertad femenina son algunas de las propuestas de las mujeres del Norte de África y del Próximo Oriente en su plural camino emprendido hacia horizontes de igualdad y de empoderamiento desde la diversidad cultural y religiosa (El Saadawi, 1997; Mernissi, 2003). Cabe destacar la continua postura discrepante de al- Sadaawi frente a prácticas sexuales que oprimen a las mujeres, como la mutilación genital. Sin embargo, esta activista muestra una aguda crítica frente a las estudiosas y feministas occidentales que encasillan la situación de las mujeres árabe-musulmanas o africanas sólo desde la mirada enfocada en la denuncia de esta práctica, en vez de tener en cuenta el conjunto de sus circunstancias o su capacidad de actuar en contra de esta práctica desde su propia cultura. Al desplegar su denuncia obvian otros elementos decisivos tales como los factores sociales y económicos de la globalización para explicar la situación de las mujeres en África. Escenificar a las mujeres sólo bajo esta óptica, de igual modo que desde la

Movimientos sociales de mujeres: perspectivas globales

Escrito por Mary Nash

Sábado, 13 de Marzo de 2010 13:05 - Actualizado Jueves, 17 de Marzo de 2011 15:39

perspectiva opresora del uso del velo, establece de nuevo patrones de subalternidad irremediable que niegan la capacidad de protagonismo y de actuación de las mujeres árabes, musulmanas y africanas. Ellas han reivindicado el reconocimiento de su subjetividad histórica en los procesos de cambio social y cultural. Es imperativo, por tanto, romper con la visión victimista de las mujeres de África y del mundo árabe para poner de relieve sus luchas, voluntad y habilidad para cambiar desde sus propias sociedades y su patrimonio cultural y religioso la situación de las mujeres sin interferencias de cánones occidentales. Como ha señalado Fátima Mernissi la emancipación de las mujeres musulmanas requiere *una relectura del pasado y por la reapropiación de todo lo que ha estructurado nuestra civilización. La mezquita y el Corán pertenecen a las mujeres tanto como los satélites que giran en el cielo. Tenemos derechos a todas estas riquezas para construir nuestra identidad moderna. Reducir a las mujeres islamistas a ser observadoras obedientes es desconocer la dinámica de la rebeldía religiosa* (Martín Muñoz, 1992:216).

Estos enfoques elaborados desde pensadoras y movimientos sociales de diferentes países del Tercer Mundo han proporcionado definiciones relevantes del feminismo para los colectivos de mujeres. Al recoger la idea de los diferentes niveles de opresión de las mujeres, han desafiado una definición genérica de cualquier categoría universal de mujer poniendo en cuestión la noción de una identidad única fija en sus plurales caminos de empoderamiento y de libertad.

Bibliografía

Aixelà, Y. (2000): *Mujeres en Marruecos. Un análisis desde el parentesco y el género*. Barcelona: Edicions Bellaterra.

El Saadawi, N. (1997): *The Nawal El Saadawi Reader*. Londres, Zed Books.

Heng, G. (1997): "A great way to fly": Nationalism, the State, and the Varieties of Third-World Feminism". En Jacqui Alexander, M. Talpade Mohanty, C. (Eds.) *Feminist Genealogies, Colonial Legacies, Democratic Futures*. Londres, Routledge.

Mama, A. (1997): "Sheroes and Villains: Conceptualizing Colonial and Contemporary Violence against Women in Africa". En Jacqui Alexander, M. Talpade Mohanty, C. (Eds.) *Feminist Genealogies, Colonial Legacies, Democratic Futures*. Londres, Routledge.

Martín Muñoz, G. (1995): *Mujeres, Democracia y Desarrollo en el Magreb*. Madrid, Editorial Pablo Iglesias.

Mernissi, F. (2003) : « ¿Destruyeix el satèl·lit les fantasies del l'harem ? L'ascens de les dones a l'Islam digital ». En CCCB, *Fantasies de l'harem i noves Xahrazads*. Barcelona, Diputació de Barcelona.

Mohammed, P. (1998): "Towards Indigenous Feminist Theorizing in the Caribbean". *Feminist Review* Num. 59.

Narayan, U. (1997): *Dislocating Cultures. Identities, Traditions and Third World Feminism*. Londres, Routledge

Nash, M. (2002): "Los nuevos sujetos históricos: perspectivas de fin de siglo. Género, identidades y nuevos sujetos históricos". En Cruz Romero, M. Saz, I. *El siglo XX, Historiografía e historia*. Valencia, PUV.

Movimientos sociales de mujeres: perspectivas globales

Escrito por Mary Nash

Sábado, 13 de Marzo de 2010 13:05 - Actualizado Jueves, 17 de Marzo de 2011 15:39

Nash, M. (2004): *Mujeres en el mundo. Historia, retos y movimientos*. Madrid: Alianza editorial, (3ª 2007).

Talpade Mohanty, C. (1997): "Under Western Eyes: Feminist Scholarship and Colonial Discourses" en McClintock, A. Mufti, A. Shohat (Eds.) *Dangerous liaisons: Gender, Nation and Postcolonial Perspectives*. Minneapolis, University of Minnesota Press.

Thompson, E.P. *La formación histórica de la clase obrera. Inglaterra 1780-1832*. Barcelona, 1977

Wieringa, S. (Ed.). (1997): *Subversive Women. Women's Movements in Africa, Asia, Latin America and the Caribbean*. Londres, Zed Books.

Wipper, A. (1982): "Riot and rebellion among African Women. Three examples of Women's Political Clout". En O'Barr, J.F. (Ed.): (1982): *Perspectives on Power. Women in Africa, Asia and Latin America*. Durham, Duke University.

Yuval-Davis, N. *Gender and Nation*. (1997): Londres, Sage.